



Guitars – The Museum está en el piso superior de la bonita y antigua escuela en Vasagatan en el centro de Umeå. Aquí cuelgan cientos de raras guitarras de las décadas de 1950 y 1960, que han conmocionado a los amantes de las guitarras de todo el mundo.

LA COLECCIÓN SECRETA DE GUITARRAS

Escrito por Göran Nordell

Aquí hay una guitarra igual a la que Keith Richards usa para empezar el riff de Honky Tonk Women. Y aquí cuelga una como la que Eric Clapton usó en el solo de Layla. Y el modelo al que Jimi Hendrix prendió fuego en Monterrey.

¿Pero cómo es posible que estas y cientos más de guitarras raras y de valor incalculable de los años 50 y 60 hayan acabado en mitad de Umeå y se hayan convertido en Guitars – The Museum? ¿Por qué no están colgadas en el MoMA en Nueva York o en el Tate Modern en Londres?

Éste es el relato de cómo los gemelos Åhdén de Vännäsby consiguieron crear la colección de guitarras vintage más distinguida del mundo –a hurtadillas, casi en secreto.

La bonita y antigua escuela en Vasagatan en el centro de Umeå acoge ahora un interesante misterio. Que la tienda de música 4Sound esté aquí resulta de lo más apropiado. Que el mejor escenario musical de Suecia se haya mudado aquí desde la deteriorada mansión Scharinska y haya resucitado –bajo el nombre de Scharinska– fue de lo más natural. Y que la casa al mismo tiempo haya sido dotada de algunos restaurantes y un verdadero bar es perfecto.

Sin embargo es el piso superior, “Guitars - The Museum”, lo que es la gran atracción de este edificio, lo que ha hecho que se sobresalten los medios de comunicaciones internacionales y los aficionados a las guitarras. Pues aquí cuelgan cientos de rarezas en perfecto estado de los albores de nuestra cultura juvenil; esos instrumentos que –más que ninguna otra cosa– han sido los que han dado forma a la imagen, sonido y mito del rock'n'roll y la liberación de nuestra generación de jóvenes.

Aquellos que alrededor del mundo adoran las guitarras

con pasión (se cuentan por millones) creían que la gran mayoría de las legendarias e icónicas guitarras de Gibson y Fender estaban localizadas. Lo cierto es que no hay tantas, a veces solamente unos pocos ejemplares de cada año. Y desde principios de los años 90 su valor ha aumentado considerablemente, más que las acciones en bolsa. Una Gibson Les Paul o Fender Broadcaster en buen estado cuestan hoy varios millones de coronas suecas.

El foro MyLesPaul es uno de los mayores puntos de encuentro en la red para los fans. Las referencias al museo y las guitarras de los gemelos Åhdén aparecen en página tras página. Y nadie parece poder comprender cómo todas estas guitarras, que valen decenas de millones de coronas, pueden estar colgadas precisamente ahí, en el segundo piso de Vasagatan 18-20.

Samuel y Michael Åhdén no han hecho gran cosa para disipar la niebla. Hasta hace muy poco, rara vez aceptaban una entrevista y pasan olímpicamente de Facebook

y Twitter. Explicar su colección de guitarras en un foro probablemente jamás se les haya ocurrido. Siempre consideraron que su interés por las guitarras era algo privado.

Así es como me reúno con ellos una tarde, cuando están fotografiando algunas guitarras en un estudio del lado oriental de la ciudad, para saber más acerca del viaje que comenzó con pequeñas guitarras caseras de masonita y cuerdas, y les llevó a Gibson Les Paul y Fender Broadcaster.

Chuck Berry, Jimi Hendrix y cómo comenzó todo

Pero cómo comenzó todo, el relato del génesis en sí mismo, incluso de boca de Samuel y Michael resulta algo ambiguo y lleno de posibles interpretaciones. Y parcialmente oculto en las sombras. El Génesis bíblico tiene dos relatos de la creación; los gemelos de Vännenby tienen tres.

Una versión es que a principios de los años 60 acompañan a su madre al kiosko. Tienen unos diez años de edad y han pedido y suplicado que les compren una revista con los Beatles en la portada.

– Pero cuando por fin la tuvimos, resultó que trataba de los Rolling Stones, comenta Michael.

– Recuerdo que pensamos que la foto de Brian Jones con traje y pelo largo, con la guitarra colgada sobre la cadera, era de lo más guay, añade Samuel.

– No lo sabíamos entonces, pero Brian Jones se había fotografiado con una Gibson ES330 y un día tendríamos que conseguirlas una. Tal vez todo empezara ahí.

Pero su apasionado interés por las guitarras podría igualmente haber nacido gracias a su vecino Birger Jakobsson. Él tocaba Jazz y tenía una Gibson Les Paul y un amplificador Maestro.

– Nos dejó tocar con ella. Claro que al principio éramos torpes, pero Birger nos enseñó un montón de acordes – en especial los de Chuck Berry. Para nosotros, tuvo una influencia decisiva, afirma Samuel.

– Y entonces claro que queríamos tener una guitarra igual a la de Birger.

Fue también en medio de todo esto que Samuel y Michael por primera vez escucharon un disco de Bluesbreakers con el brutal e innovador sonido de guitarra de Eric Clapton.

– Recuerdo la cubierta, con Clapton, un Marshall en el fondo y su Gibson adelante.

– Era como si fuera necesario tener una Gibson Les Paul para que sonara bien, dice Michael.

Pero la chispa detonante –y lo que hizo que no solo quisieran tener una guitarra sino varias– bien puede haberse producido una tarde después de la escuela cuando sintonizaron la radio de la familia y escucharon de pronto a una locutora que dijo: „Ahora vamos a escuchar la llamada música eléctrica“.

Acto seguido, Jimi Hendrix empezó su Purple Haze.

– Caramba, tal vez teníamos doce años y nunca habíamos escuchado esa clase de música ni esa forma de tocar la guitarra, recuerda Samuel.

– Averiguamos y descubrimos que Hendrix tocaba una Fender Stratocaster, y claro, entonces quisimos tener una.

El dinero de viaje que se convirtió en guitarra

En 1972 Samuel logró tener su primera guitarra, una Gibson SG. Costó 2.147 coronas suecas, lo cual hoy equivale a 14.303 coronas.

– A mí no me dieron ninguna, comenta Michael, así que



La Gibson Flying V de 1958.
Una de las guitarras más icónicas de la historia del rock.

deseé que la de Samuel se rompiera.

– Pero luego conseguiste una Hagströms, contesta Samuel con una sonrisa.

En aquel entonces, al igual que ahora, era difícil conseguir guitarras Gibson y Fender en Umeå. Samuel y Michael ahorraban todo el dinero que podían y buscaban objetos asequibles.

Fue Jan “Halkan” Hallqvist quien les abrió la puerta al mundo fuera de la provincia de Norrland. Él regenta aún hoy una tienda de guitarras legendaria en Söder, Estocolmo, y lo sabe todo acerca de las guitarras clásicas de los años 50.

– Se convirtió en un verdadero mentor. No solo podía traer modelos especiales de determinados años: también sabía cómo diferenciar una falsificación de un original, dice Michael.

A mediados de los años 70 le compraron a Halkan sus primeras guitarras con su propio dinero: una Gibson EES 335 y una Gibson SG. Durante los años 70 y 80 los precios eran asequibles, todavía no habían ascendido a alturas estratosféricas y los gemelos sabían que si tan solo ahorraban todo lo que pudieran, podrían permitirse comprar más.



Los gemelos Samuel y Michael Åhdén compraron sus primeras guitarras a mediados de los años 70. Hoy tienen más de 300 raras e invalorables guitarras de los años 50 y 60.

En 1976 Samuel, como tantos otros, iba a irse de mochilero en tren. Había ahorrado todo el año para el viaje, pero quería saludar a Halkan antes de desaparecer por Europa en busca de baguettes resecas, vino tinto barato y pasar las noches en bancos del parque.

Días antes, Halkan había recibido una verdadera rareza: una Gibson Les Paul, igualita a la que el vecino Birger dejaba tocar a los gemelos en casa, en Vännäsby.

— La compré, el 95 por ciento del dinero del viaje desapareció y resultó un viaje verdaderamente paupérrimo, comenta Samuel.

Ahora ya tenían el comienzo de una colección de guitarras en serio. Pero no era lo único que Samuel y Michael coleccionaban.

Hippies en un Ford Crestline

Los gemelos pasaron todas las vacaciones de verano durante la década de 1960 en casa de su abuelo materno,

quien tenía una empresa de taxis y amaba los automóviles norteamericanos de los años 50: grandes, relucientes y que tragaban gasolina.

El abuelo tenía un taller bien cuidado y tremendamente emocionante para dos jovencitos. Aquí había todo lo necesario, entre piezas de recambio y accesorios, para reparar un Buick 401 o un Ford Crestline.

Les dejaban acompañarles en los viajes en coche, escuchar el murmullo del motor y disfrutar del cromo. Las experiencias con los automóviles de los años 50 de algún modo se casaron con su amor por las guitarras. Aparte, esos cochazos yankis tenían una cierta relación con las guitarras.

Ray Dietrich se había jubilado de su trabajo como diseñador de automóviles de Studebaker, Edsel y Packard; vehículos grandes y ostentosos con líneas suaves y aletas marcadas. Se trasladó a Kalamazoo, Michigan, donde estaban las oficinas principales de Gibson e inmediata-



Una Fender Stratocaster, Fiesta Red, de 1963. El modelo Stratocaster se presentó por primera vez en 1954 y rápidamente se volvió la guitarra que empezaron a usar los músicos jóvenes, entre ellos Buddy Holly.

mente el jefe de Gibson, Ted McCarty, lo convenció para abandonar la vida de jubilado y dedicarse en cambio a diseñar guitarras.

Esta colaboración tuvo como resultado la icónica Gibson Firebird, pintada con pintura para coches de DuPont. La Firebird no fue ningún éxito en 1963 y se fabricaron solamente unos cientos de ejemplares, pero hoy son codiciadas y cuestan varios millones de coronas si están en su estado original.

— Los coches norteamericanos de los años 50, su música y sus guitarras tienen un denominador común: diseño y cultura atemporal, y por tanto vale la pena conservarlos, afirma Samuel.

Cuando se sacaron el carnet de conducir a mediados de los 70, el abuelo les dio un par de coches yankis. Disfrutaban mientras se deslizaban lentamente por Umeå acompañados por el murmullo de un V8. Llevaban el pelo largo, una cinta en la frente, incipiente bigote y pieles de afgano: eran hippies en un coche clásico de roqueros.

Un día mientras pasaban por la estación de ferrocarril, de pronto un roquero indignado con chaleco de cuero abrió con fuerza la puerta del lado de Michael y gritó: „¿Cómo demonios pueden dos descarados hippies de pelo largo como vosotros ir dando vueltas en un coche como este, eh?“

— Qué susto nos pegamos, pero nos dimos cuenta de

que quedaba un poco mal tener el aspecto que teníamos cuando nuestras vidas giraban en torno a la Norteamérica de los años 50.

— Nos cortamos el pelo y nos pusimos las chaquetas de tela vaquera, recuerda Michael.

— Pero conservamos las pieles de afgano en el desván.

Tímidos comienzos de las guitarras eléctricas

Las primeras guitarras eléctricas surgieron ya en 1910, pero no tuvieron ningún éxito: eran aparatosas, fallaban mucho y tenían un horrible feedback acústico. De modo que la guitarra se tuvo que conformar con ser un instrumento de acompañamiento y ritmo, con una buena caja de resonancia para que se la escuchara. El guitarrista siempre estaba en el fondo pues adelante estaban el cantante, el saxofonista, el trompetista —instrumentos que se escuchaban sin amplificadores demasiado sofisticados.

Pero en 1943 Les Paul tuvo una idea, de cómo fabricar una guitarra sin caja de resonancia. Su nombre era en realidad Lester William Polfuss y aparte de un guitarrista de éxito era también un excelente inventor. Sencillamente fijó un mástil de guitarra a una plancha de madera con pickup. Llamó a su creación „Stocken“. No tuvo ningún éxito, ni siquiera Les Paul mismo creía demasiado en su creación.

Cinco años más tarde, el luthier de guitarras y piloto de carreras Paul Bigsby desarrolló una guitarra sólida para el gran guitarrista de su época: Merle Travis. Tampoco fue ningún éxito comercial, pero causó una impresión decisiva en tanto el ingeniero Leo Fender como en el músico Les Paul.

Hoy en día la guitarra de Bigsby ha sido olvidada, pero su nombre pervive por motivo de su segundo gran descubrimiento: el brazo del trémolo.

Les Paul se dio cuenta de que la solución de Bigsby para fijar las cuerdas en el cuerpo sólido era decisiva. Y Leo Fender tuvo „la inspiración“ tanto de fijar las seis clavijas de afinación en línea como de diseñar una caja con reborde para que el guitarrista pudiera llegar a tocar las notas más agudas.

Les Paul desarrolló un prototipo más y visitó al gigante Gibson y al rival Fender. Ambos dijeron amablemente

„gracias, pero no gracias“.

En el caso de Fender era porque estaban en pleno proceso de desarrollar la primera guitarra que iba a reescribir la historia de la música moderna.

En el caso de Gibson, porque su director ejecutivo Ted McCarty no creía en los cuerpos de guitarra sólidos: Gibson se había vuelto un líder mundial con sus guitarras acústicas y semiacústicas, que eran adoradas por los músicos de jazz.

McCarty no se dio cuenta en ese momento de que los cuerpos sólidos de guitarra eran decisivos para el desarrollo de la música de rock de los años 50. Por un lado porque tienen un sonido mucho más envalentonado y se escuchan por encima de un público que grita, por el otro porque son inmensamente más resistentes que las guitarras acústicas. En especial, Pete Townsend de The Who, con su fama de romper las guitarras, resultaba ridículo más bien que rebelde, al no tener una guitarra que soportara un tratamiento rudo. Y el heavy metal hubiera sido impensable.

El primer éxito de Fender

En el otoño de 1950, se lanzaron la Fender Esquire (con un pickup) y la Broadcaster (con dos pickups). Estas guitarras tuvieron gran éxito con todos los guitarristas que tocaban rhythm and blues, boogie-woogie y honky-tonk – como Chuck Berry, Eddie Cochran y Roy Orbison.

Pero la casa de música Gretsch (que también fabricaba guitarras) ya tenía una serie de percusión y banjos llamada Broadcaster, y el recién llegado Leo Fender prefirió no discutir sino rebautizarla Telecaster, inspirado en el nuevo y candente medio de comunicación de la época: la televisión. Las guitarras que se fabricaron en la transición del cambio de nombre se denominan sencillamente Nocaster.

Ahora de pronto los guitarristas podían subir el volumen si encontrarse con un furioso feedback acústico, deslizarse sobre las cuerdas y mantener los tonos –y que se les escuchara. Y ahora aparecieron los primeros solos de guitarra que serían el sello distintivo de la nueva música.

Gibson reconoció su error, buscó a Les Paul, le ofreció una colaboración y en 1952 lanzaron la Gibson Les Paul, la primera guitarra sólida de la empresa. Pero mientras la Fender Telecaster se convertía en un éxito, para la Gibson Les Paul las cosas iban considerablemente más lentas. Se percibía como un poco aparatoso, con un diseño anticuado –y cara.

Las cosas no se pusieron más fáciles para Gibson cuando se presentó la Fender Stratocaster en 1954 y rápidamente se convirtió en la guitarra que querían tener todos los músicos jóvenes e innovadores. Como Buddy Holly con su gran éxito That'll Be The Day en el Ed Sullivan Show en 1957 y millones de jóvenes aspirantes a músicos vieron que tocaba una... Stratocaster.

Keith Richards cambia el rumbo de la historia

En 1958, Ted McCarty se dio cuenta de que había que hacer algo. Pese a las variaciones que se habían hecho a la Les Paul original de 1952, las ventas iban lentas. En 1958, Gibson intentó atraer a clientes con guitarras que hoy son icónicas, como la Flying V y la Explorer. Se fabricaron solamente 98 ejemplares de la Flying V y 36 de la Explorer.

También sacaron una nueva versión de la Les Paul Standard ese año, pero a pesar de un nuevo acabado con el borde en arce –creando así la famosa gama de colores rojizos (sunburst)– no terminaba de despegar.

Cuando Gibson dejó de fabricar la Gibson Les Paul Standard en 1960 se habían hecho 1.718 ejemplares. Hoy quedan solo unas 600. Muchas acabaron en el trastero del sótano o en un desván. Algunas acabaron en casas de empeño y tiendas de guitarras de segunda mano.

Y tal vez las guitarras hubieran quedado ahí, en el olvido, si un joven roquero obstinado de Inglaterra no las hubiera descubierto.

En junio de 1964 los Rolling Stones hicieron su primera gira por EE.UU. Un día que tenían libre, el siempre curioso Keith Richards pasó por una tienda de empeños, se fijó en una Les Paul Standard de 1959 y la compró. Le gustó el sonido y el tacto de la guitarra y tocó con ella cuando los Stones ese mismo año grabaron It's All Over Now con uno de los riffs más famosos del rock.

Una vez hubieron regresado a Londres, dejó que colegas como Peter Green (Fleetwood Mac), Pete Townsend, Jimmy Page (Led Zeppelin) y Eric Clapton probaran la guitarra que solo un par de años antes se había considerado como algo totalmente anticuado.

Eric Clapton se compró inmediatamente una Les Paul Standard de 1958 y la enchufó a un amplificador Marshall en el estudio con John Mayall & the Bluesbreakers. El disco fue un éxito y cambió para siempre la actitud hacia las Gibson Les Paul. Descubrieron que la guitarra tenía un sonido incomparable, un feeling agradable –y parecía hecha expresamente para los duros riffs del rock.

Fue ese disco el que escucharon Samuel y Michael en casa de su vecino Birger mientras acariciaban con cuidado la carátula del disco y observaban la guitarra de Clapton.

Guitarristas famosos y sus guitarras

A mediados de los años 60, todos los jóvenes héroes de las guitarras del rock, que estaba en áuge, debían tener una de las pocas guitarras hechas a mano de la década de los 50 y principios de los 60. Estas guitarras no solo se convirtieron en su sello distintivo, sino que pasaron a formar parte de la actitud musical y resultaron una declaración de que se pertenecía a una tradición de blues y R&B. Podría decirse que sus guitarras en realidad eran comparables con los violines de Stradivarius porque permitieron continuar con una tradición cultural.

Así que no resulta sorprendente que los guitarristas adoptaran la tradición de darle nombres propios a sus guitarras.

Fue B.B. King quien empezó a hacerlo. Él tocaba a finales de los años 40 en un pequeño local en Twist, Arkansas. El local se calefaccionaba con un barril de kerosén que de pronto fue volcado por dos hombres. Cuando B.B. King logró salir, descubrió que en medio del caos su guitarra, una Gibson semiacústica de 1948 que había comprado por 30 dólares, se había quedado en el escenario.

Entró corriendo en el mar de llamas y logró rescatarla justo antes de que se derrumbara el techo. Una vez estuvo a salvo se enteró de que el incendio había comenzado porque los hombres se habían estado peleando por una mujer llamada Lucille. B.B. King bautizó a su guitarra, y a todas las futuras guitarras en las que tocaría, precisamente con el nombre de Lucille, para recordarse a sí mismo que nunca debería pelearse por una mujer.

Cuando la amada Les Paul de Eric Clapton, con la que tuviera grandes éxitos con los Bluesbreakers, fue robada justo antes de la primera gira por EEUU de Cream, su amigo George Harrison le dio una Gibson SG de 1964.

Clapton la bautizó como The Fool por la empresa holandesa de diseño que había creado el psicodélico lacado de la guitarra.

Clapton retribuyó el regalo en 1968 al regalarle una Gibson Les Paul de 1957 color rojo cereza a Harrison, quien rápidamente la bautizó como Lucy, por la actriz cómica –pelirroja– Lucille Ball.

La Lucy de Harrison fue robada en los años 70 y apareció más adelante con un guitarrista en México, y él logró recuperar su favorita robada ofreciendo una Les Paul de 1958 además de una Gibson bass. Lucy siguió con ellos hasta finales de 2001.

Pero Clapton no se conformaba con una sola favorita. En 1970, por casualidad, entró en la tienda de música Sho-Bud en Nashville, Tennessee. Ahí tenían colgadas seis Stratocasters de 1956–57. El dueño quería 100 dólares por cada una y Clapton las compró todas. Una vez en casa les dio sendas guitarras a George Harrison, Pete Townsend y Stevie Winwood. Con el resto construyó su „super-strat“ que bautizó con el nombre de Blackie porque estaba lacada en negro.

Blackie fue vendida en 2004 en una subasta para financiar un hogar de tratamiento para alcohólicos fundado por Clapton. Blackie se vendió por 995.000 dólares.

En 1969 Neil Young hizo un trueque con su colega Jim Messina para adquirir una Gibson Les Paul de 1953. Originalmente era de color dorado pero a lo largo de los años alguien la había pintado de negro de forma algo descuidada. La bautizó como Old Black. Su técnico de guitarras Larry Cragg la odia porque no se mantiene afinada durante mucho tiempo, pero eso es algo que a Neil Young le trae sin cuidado.

Es una guitarra demoníaca, comentó Cragg.

La Black Strat es casi tan famosa como su dueño: David Gilmour de Pink Floyd. Él compró primero una Fender Stratocaster negra en la tienda de guitarras Manny's en Nueva York en 1970. Unos meses más tarde fue robada junto con el resto del equipamiento de Pink Floyd durante su primera gira en EE.UU.

Manny's tenía una Stratocaster rubia de 1967 y, con desgana, la pintó de negro.

La Black Strat tuvo una ovación de varios minutos por parte del público de Hyde Park durante la última reunión de Pink Floyd en 2005. Desde entonces ha sido la guitarra más importante de Gilmour.

Durante su corta y dura vida, Jimi Hendrix logró por su propia cuenta cambiar cómo una guitarra debe sonar – y arder. Hendrix se sintió inspirado por Jerry Lee Lewis quien ya en 1958 había prendido fuego a su piano de cola Steinway blanco



durante un concierto. Durante su consagración en el festival de Monterey solo quedaron algunos restos carbonizados de su Stratocaster blanca. Esos restos se vendieron en 1993 al fundador de Microsoft, Paul Allen, por 900.000 dólares.

Allen aprovechó también para comprar la guitarra más famosa de Hendrix, la Wood Strat, con la cual tocó el Star-Spangled Banner en Woodstock en 1967. En 2004 pagó 1,3 millones de dólares por la Wood Strat.

Keith Richards es claramente el peor. En cada concierto tiene consigo por lo menos siete guitarras con nombre propio en el escenario, principalmente Telecaster y Stratocaster, sazonadas con alguna que otra Gibson Les Paul y ES 355.

La más mítica de todas es Micawber, una Fender Telecaster de 1952, bautizada con el nombre de un turbio personaje de la novela de Charles Dickens „David Copperfield“, y que ha sido la favorita de Richards desde Exile On Main Street. Esta guitarra está increíblemente rayada y gastada. Está afinada con el sol abierto, para que siempre esté lista para el riff de Brown Sugar.

De modo que las guitarras diseñadas y fabricadas en los 50 y a principios de los 60 tuvieron su revancha, pero esto tuvo un inconveniente: había muchísima más gente que deseaba poseer una que la cantidad que quedaba disponible. No solo músicos, sino también coleccionistas. Hacerse con una se volvió una tarea mucho más difícil. Especialmente para Samuel y Michael que no eran ricos ni querían especular.

Drogas en el equipaje

A principios de los 80, Samuel y Michael habían logrado, según estándares suecos, reunir una imponente colección de guitarras. Cosa que ya de por sí era una hazaña cuando no existían Internet, los teléfonos móviles ni Skype: enviar cartas y organizar pagos a través del Atlántico para negociar y cerrar compras resultaba tanto complicado como arriesgado. Y conseguir luego que las guitarras llegaran a Umeå.

En 1982 se pusieron en contacto con una persona que tan solo utiliza el nombre de „Greken“ („el Griego“).

Era un rebuscavidas considerable, que importaba y vendía todo lo que se había vuelto popular en

EE.UU. como chaquetas de béisbol, botas de cuero y pantalones vaqueros. Ahora tuvo una idea: compraría guitarras de los 50 y 60 en EE.UU. y se las traería a Suecia y a los hermanos Åhdén.

Los viajes en avión cruzando el Atlántico eran caros, pero la madre del Griego era azafata de SAS y en aquella época todos los empleados disponían de gran cantidad de viajes gratis que podía utilizar toda la familia. Podía volar libremente... y no solo con SAS sino con todas las líneas aéreas que formaban parte de IATA, la organización internacional de compañías aéreas.

—Compramos tantas como nos podíamos permitir. Vendíamos algunas y nos quedábamos las que de verdad queríamos tener. Usábamos los ingresos para pagar al Griego y ahorrábamos el resto para nuevas compras, explica Samuel.

Podría tratarse de 30-40 guitarras por vez, y la única seguridad que había era un pequeño pago por anticipo y un apretón de manos.

—No teníamos ni idea de cómo hacía el Griego para entrar las guitarras a Suecia, pero nunca tuvimos ningún problema. Así empezamos a vender guitarras de los 50 y 60 en todos los países nórdicos, comenta Michael.

Una guitarra especial que siempre evitaba a Samuel y Michael era la Fender Broadcaster. Sin una de ellas, ninguna colección de guitarras está al completo. Durante los pocos meses que pudo llamarse Broadcaster, se fabricaron solamente unos 200 ejemplares. Unos meses antes les habían ofrecido comprar la de David Gilmour. Pero el guitarrista de Pink Floyd quería 5.500 libras, lo que hoy equivale a poco más de 120.000 coronas suecas. Cuando salió al mercado costaba 140 dólares, hoy en su estado original un par de millones.

—Era demasiado cara, no nos la podíamos permitir, afirma Michael.

Pero el incansable Griego encontró una Broadcaster en Washington, propiedad de un comerciante de guitarras. Había sobrevivido unas cuatro décadas en su estuche y apenas estaba usada.

Samuel y Michael se dieron cuenta de que esta era una oportunidad única y por una vez pidieron un crédito al banco.

El Griego se ocupó del transporte desde Washington via Londres hasta Estocolmo por avión. Pero los días pasaban y no aparecía ninguna Broadcaster. Sin embargo tenían un crédito bancario que pagar.

Tras muchas averiguaciones, resultó que la guitarra estaba confiscada en Heathrow en Londres. Un perro antidrogas la había señalado y los aduaneros estudiaron la guitarra en detalle, sin encontrar ni sombra de drogas.

Los aduaneros determinaron que alguien de los que había manipulado la guitarra al cargarla debía de estar fumando marihuana mientras trabajaba y el sensible olfato del perro lo había percibido.



Muchas de las guitarras de Michael y Samuel Åhdén valen grandes sumas de dinero. — Pero eso no nos interesa, porque en cualquier caso nunca venderemos una sola de ellas. Además las tocamos todas, es para eso que están hechas.

—Caramba, qué nerviosos estábamos, dice Samuel.
—Una verdadera pesadilla, recalca Michael.

Los precios se vuelven estratosféricos

A principios de la década de 1990 estalla el mercado de las guitarras vintage. Alrededor de 1995 se podía pedir la considerable suma de 35.000 dólares por una Gibson Les Paul de 1958. Diez años más tarde, la misma guitarra podía estar valorada en unos inconcebibles 750.000 dólares.

Las guitarras de Fender, Gibson e incluso Martin acústicas se convirtieron en objetos de inversión al nivel del arte moderno, joyas atemporales y relojes de pulsera fabricados a mano en el valle de Jura en Suiza.

—En 1992 nos dimos cuenta de que nuestro viaje había acabado. No nos podíamos permitir comprar más guitarras de la década dorada, concluye Samuel.

Los gemelos consideraban que comprar de años posteriores era un sinsentido. Hasta 1966, prácticamente todas las guitarras estaban fabricadas a mano con maderas raras como caoba de la India o palo de rosa de Brasil. Luego Fender fue vendida a la cadena de televisión CBS, quien rápidamente pasó a tener una producción en serie. Ted McCarty dejó su puesto como director ejecutivo de Gibson y la empresa se centró en la producción en masa. Se perdieron la calidad, el sonido y la sensación.

Eran, naturalmente, decisiones de tipo económico, puro y duro: con el éxito del rock, millones de jóvenes empezaron a soñar con un futuro sobre un escenario iluminado, con un Marshall a sus espaldas y fans gritando y suspirando a sus pies. Y todos querían tener una guitarra.

Pasaron los años, el precio de las guitarras vintage siguió subiendo y subiendo cada vez más. Mientras el mundo clamaba pidiendo más ejemplares „desconocidos“ de Fender y Gibson, Samuel y Michael dedicaban sus ratos de ocio a viajar y tocar con alguna de sus bandas: Steve Roper Band, White Falcons, Dirty Harry's o Cover Kings.

—Nunca tuvimos necesidad de exhibir nuestras guitarras, tampoco de hablar de ellas. Solo habíamos querido poseerlas, mirarlas y tocar con ellas, explica Michael.

—Porque las tocamos todas. Las guitarras, sin importar lo valiosas que sean, han sido hechas para ser tocadas.

Y podrían haber añadido que no tienen el más mínimo interés en saber el valor que tienen sus cerca de 300 guitarras. Si quisiera querer hablar de ello.

—Esa nunca ha sido nuestra aspiración. Nunca vendremos una guitarra, por lo tanto no tiene sentido hablar de lo que puedan valer. Para nosotros no se trata de dinero, afirma Michael.

Anteriormente, Samuel trabajaba como archivero en la diputación provincial de Västerbotten y Michael en la tienda de música 4Sound. Hoy se dedican a tiempo completo a organizar exposiciones en el museo y discutir cómo van a exhibir todas sus Fender Broadcaster, Gibson Les Paul Standard, Gibson Flying V, Gibson ES 335, Fender Stratocaster. Incluso diversos modelos de Gretsch, algunas acústicas como la Gibson acústica rubia de los Evelyn Brothers y todas las otras guitarras, batería, amplificadores y micrófonos que tienen. Sin olvidarnos de los objetos exóticos del taller de su abuelo.

Cuando recientemente desempacaron todas las guitarras que poseen, se llevaron algunas sorpresas.

—Descubrimos 25 que no sabíamos que teníamos, co-

menta Samuel entre risas.

Les pregunto cuál guitarra se llevarían consigo a una isla desierta. Empiezan a decir un modelo y año, se arrepienten, vuelven a empezar, cambian de idea. Me doy cuenta que es como preguntarle a un padre a cuál de sus hijos quiere más.

Finalmente se deciden —dos cada uno:

—Yo me llevo dos Fender Telecaster de 1956 equipadas con un B-Bender, un dispositivo que puede ajustar la cuerda del si un tono entero hasta el do, determina Samuel.

—Yo elijo una Gibson Flying V de 1958 y una Gibson Les Paul Sunburst de 1960, son atemporales, afirma Michael.

